

EL PARÍS LATINOAMERICANO

En *Archipiélago* estamos convencidos de que buena parte de la identidad cultural de Nuestra América se gestó en las primeras décadas del siglo XX en el exterior, particularmente en los salones y cafés de la que entonces era la capital intelectual del mundo, en donde hacían base las vanguardias artísticas: París. En ellos convergieron muchos jóvenes latinoamericanos y caribeños, como Gerardo Murillo —el doctor Atl—, Diego Rivera, Manuel M. Ponce, José Vasconcelos, Antonieta Rivas Mercado, Tata Nacho, Fanny Anitúa, Wifredo Lam, Eduardo Abela, Marcelo Pogolotti, Félix Pita, Alejo Carpentier, Lydia Cabrera, Amelia Peláez, Alejandro García Caturla, Vicente Huidobro, Heitor Villa-Lobos, Miguel Ángel Asturias, Luis Cardoza y Aragón, Arturo Uslar Pietri, Max Jiménez, Victoria Ocampo, Teresa de la Parra, Aníbal Ponce y César Vallejo, entre otros, quienes compartían el pan y la sal en el Barrio Latino y Montparnasse. Según Aníbal Ponce, “para los jóvenes escritores de América Latina, *La Rotonde* es en París una especie de Meca literaria”. En ese café de Montparnasse, no lejos de *Le Dôme* y *Le Coupole*, sueñan, discuten y gestan sus obras muchos de ellos, entre el humo del tabaco y los efluvios del alcohol.

Lo interesante es que todos estos personajes, animados por las ideas críticas al eurocentrismo que estaban en boga por ese entonces en los medios intelectuales europeos, regresarían después a sus respectivos países a desarrollar una obra profundamente nacionalista, regionalista, de proyección universal, como fue el caso del muralismo mexicano o de lo real maravilloso cubano. Oswald Spengler, en *La decadencia de Occidente*, había expresado que no había en el mundo una cultura única y central capaz de imponer su dominio al resto, sino que existen varias culturas en diferente estado de desarrollo que, aún entrando en relación entre ellas, tienen su propia dinámica a partir de un elemento configurador que hace a cada una específica y distinta, lo que animaba a emerger a aquellas que se habían mantenido sometidas en la periferia del centro occidental.

Pero hay más. Julio Cortázar. Decidido a ampliar sus horizontes y emprender la gran aventura de su vida, deja Buenos Aires y se va a París en 1951 con una beca, a cuyo término, y después de algunos oficios pintorescos, consigue trabajo como traductor en la UNESCO, lo cual le permitirá radicarse permanentemente en la capital francesa. El 26 de agosto pasado se conmemoró el centenario de su nacimiento. Alfonso Gumucio Dagron nos lo recuerda en el artículo que publicamos en esta edición 86 de *Archipiélago*: “Julio en agosto”. Como bien dice el escritor boliviano: “París fue para Cortázar y sus personajes —como para miles de latinoamericanos— el refugio ideal y la cura para el desarraigo. La ciudad se prestó para ser apropiada, caminada, acariciada y amada. Su latinidad estaba siempre en sintonía con el sur, de manera que los latinoamericanos nunca se sintieron extranjeros, sino dueños de calles y parques; los *meteques*, los extranjeros, eran los otros.” Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Alejo Carpentier, Octavio Paz y otros amigos escritores lo visitarán con frecuencia. No es casual que el “boom latinoamericano” haya nacido en buena medida en la Ciudad Luz. Es el París de la posguerra, cosmopolita como siempre, pero ahora sumido en el debate del existencialismo y los temores de la guerra fría y la amenaza atómica. El París del jazz de Charlie Parker y de los cantos melancólicos de Yves Montand y Juliette Greco. El París del movimiento de mayo de 1968 que tanto lo impactará. Los estudiantes...

En esta edición 86 publicamos también un poema del escritor peruano Alejandro Calderón, de la red parisina de *Archipiélago*, quien tiene más de tres décadas de vivir en dicha ciudad. Calderón labora desde hace tiempo en el Hotel Esmeralda —4 rue Saint Julien Le Pauvre— situado en el Barrio Latino, muy cerca del río Sena, frente a la catedral de Notre Dame. En ese modesto hotelito Julio Cortázar estuvo hospedado a inicios de los años sesenta, y ahí escribió *Rayuela*, la más ambiciosa de sus obras. El gran cronopio.

Julio Cortázar. Intelectual militante de la modernidad latinoamericana y universal desde las trincheras de la literatura. Escritor lúdico comprometido con la realidad social y sus agudas contradicciones y sus vertiginosas transformaciones. Creador situado ética, estética y políticamente en posiciones de vanguardia. Hombre que buscó siempre la verdad. Descanse en paz en el Cementerio de Montparnasse, del París latinoamericano. Su palabra nos acompañará siempre en *Archipiélago*.